

# VÍCTIMAS

de la

*Iglesia*



RELATO DE UN CAMINO DE SANACIÓN





VÍCTIMAS DE LA IGLESIA  
RELATO DE UN CAMINO DE SANACIÓN

José Luis Segovia Bernabé  
Testimonio anónimo  
Javier Barbero Gutiérrez

Segovia Bernabe, Jose Luis

Victimas de la Iglesia / Jose Luis Segovia Bernabe; Javier Barbero Gutierrez - 1ª ed.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires: PPC Cono Sur, 2016.

144 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-740-141-7

1. Autoayuda. I. Barbero Gutierrez, Javier II. Título

CDD 158.1

---

Los derechos de autor de este libro irán destinados a la Asociación LIBERATA.

**Diseño:** Estudio SM

**Foto de cubierta:** Tejido de Anastasia Cruz, Zinacantan (Chiapas, México)

<https://plus.google.com/u/0/114913516202652584466/about>

<https://www.facebook.com/Kux-lejal-1380766065490785/>

**Título:** Víctimas de la Iglesia

**Autor:** José Luis Segovia Bernabé I Testimonio anónimo I Javier Barbero Gutiérrez

© 2016, de los autores

© 2016, PPC Argentina S.A.

ISBN: 978-987-740-131-8

Primera edición en PPC Cono SUR: marzo de 2016

### **PPC Cono Sur**

Av. Callao 410, piso 2

C1022AAR | Ciudad Autónoma de Buenos Aires | República Argentina

t: +54 11 4000.0400 / f: +54 11 4000.0429

[www.ppc-editorial.com.ar](http://www.ppc-editorial.com.ar)

e-mail de contacto: [ventas@ppc-editorial.com.ar](mailto:ventas@ppc-editorial.com.ar)

Esta tirada de 1000 ejemplares se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2016

en AGI - Artes Gráficas Integradas, William Morris 1049, Florida, Buenos Aires, Argentina

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

Libro de edición argentina / *Made in Argentina*

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

EMPRESA ASOCIADA A LA CÁMARA ARGENTINA DEL LIBRO

## PRESENTACIÓN

En la primavera del año 2015 me llegó por correo electrónico la propuesta de publicar el testimonio de una mujer que había sufrido abusos sexuales por parte de un sacerdote. Se trataba –me comunicaba uno de los coautores de estas páginas– de una descripción analítica, llena de dolor y de amor a la Iglesia. Me aseguraba que quien lo escribía no era alguien rebotado ni que pasara factura; todo lo contrario. Y lo que destacaba es el camino de sanación, espiritual y terapéutico, que ella había emprendido en estos últimos años.

Días después tuve la oportunidad de leer el manuscrito de nuestra autora. No pude por menos que imaginar su esfuerzo, su trabajo interior y ese saber estar en sí misma que ha supuesto colocar palabra tras palabra tanto sufrimiento en un relato repleto de lágrimas y al mismo tiempo de esperanza con sabor a primavera. Me pareció un texto auténtico, macerado a la luz de un proceso interior y relacional extremadamente complejo, y escrito con una profundidad y belleza que me dejaron sobrecogido. Me parecía de justicia publicar este libro. Es más, si había que hacer justicia con algún original para publicar, este se encontraba en un lugar destacado por méritos propios.

El objetivo de este libro es triple. En primer lugar quiere dar la palabra a un testimonio vivo de una realidad encu-

bierta en nuestra Iglesia en general y en la española en particular. «Reconozcámoslo –dice José Luis Segovia en estas páginas–, durante mucho tiempo la Iglesia ha tenido pavor a mirar a los ojos a las víctimas. Las ha silenciado, siquiera mirando hacia otro lado o haciéndolas sospechosas, y a los culpables los ha convertido en meras piezas de un triste juego de ajedrez en el que la respuesta consistía todo lo más en cambiar la pieza de casilla. Sin embargo, Dios no pasa de largo. Mira de frente al dolor y se encara con quienes lo han provocado».

En segundo término, este libro pretende mostrar un camino de humanización real y terapéutico que es posible cuando la víctima deja de otorgar poder al abuso para que este no marque y determine la vida. Como escribe en estas páginas Javier Barbero, «no se trata de funcionar “como si” no hubiera pasado, sino de no permitir que aquello tenga la última palabra».

Por último, y de modo especial, este libro quiere presentar un relato sanador que no se quede postrado en el dolor, a pesar de que este tiene un poder enormemente autodestructor. Nuestra protagonista avanza una pista que se constituye en uno de los motores de su relato: «No sé si un día curaré del todo. Lo que sí sé es que solo el Amor puede curar el dolor. Por eso me indigna que sean tantas las víctimas que, lejos de encontrar en su Iglesia el amor y la justicia debidos, solo encuentran humillación, rechazo y desprecio, cuando no desconfianza, recelo y silencio».

La estructura del libro es sencilla y expresa la urdimbre del proceso sanador que encontramos al leerlo. La centra-

lidad del relato la encontramos en la segunda parte, donde la autora de este proceso presenta su testimonio, que el lector comprobará que está escrito con una elegancia, vigor y ternura que no le pueden dejar indiferente. Antes de ese relato nos encontramos con la reflexión de José Luis Segovia, acompañante espiritual en esta travesía. Y la tercera parte está escrita por el psicólogo Javier Barbero, terapeuta de nuestra protagonista. Visto en conjunto, este libro contiene una densidad cooperativa realmente novedosa, interpelante y sanadora. La centralidad del relato de la protagonista se ve abrazada por sus dos acompañantes. Tanto el sacerdote como el psicólogo reflexionan a partir de su experiencia de acompañamiento a la víctima que protagoniza la historia central. Por eso el subtítulo de este libro reza así: *Relato de un camino de sanación*, puesto que las tres partes del mismo configuran de alguna manera un mismo relato sanador. Dicen que la esperanza hay que abrigarla, y en este libro hay dos escuderos que abrigan el aliento de vida plena que nuestra protagonista merece y en el que el buen Dios la aúpa.

Este libro quiere hacer justicia al olvido deliberado que ha maltratado a las víctimas de la Iglesia arrinconándolas y, en buena parte, confinándolas en el silencio. Nuestra autora anónima ha sido valiente al escribirlo, rompiendo de ese modo una inercia de hipocresía institucional y de resignación personal que está llamada a generar no solo caminos de sanación como el que en el libro se muestra, sino también espacios de Iglesia que retornen a la fuente del Evangelio.

Sin duda, estas páginas arrancan de la noche oscura por las que ha atravesado una persona herida y desolada. Pero la

travesía sanadora que ha recorrido en compañía de tan buenos acompañantes queda reflejada en las palabras que se encuentran a continuación: palabras que denuncian y palabras que liberan. Palabras que progresivamente van construyendo un arco iris de color primavera que se sobrepone a la tormenta.

LUIS ARANGUREN GONZALO  
Director de Ediciones de PPC



Por vuestra culpa se injuria el nombre de Dios  
entre las naciones (Rom 2,24).

Sé bien qué significa ser víctima de un sacerdote que con su abuso maltrata el cuerpo, mata el alma y envenena el nombre de Dios. Sé lo duro que es reconocerse como víctima y comenzar a recorrer el camino que lleva a la supervivencia y desde allí a la vida. Sé cuánto odio somos capaces de sentir a causa de la traición de la confianza. Sé cuánto cuesta romper el silencio que nos ata a nuestros agresores. Sé cuánto dolor experimenta quien se topa con Dios en el infierno de los abusos.

Porque lo sé, porque lo he sufrido y, sobre todo, porque hay vida después de los abusos, queremos dedicar este libro a todas las víctimas de abusos sexuales en la Iglesia que, a causa del maltrato, la humillación, el rechazo, la banalización, el desprecio, la sospecha, la negativa a pedirles perdón, el miedo, la soledad, la depresión o la falta de esperanza, siguen esperando, aunque sea con rabia y desdén, que la Iglesia les pida perdón, les tienda su mano y les diga: «Estaré contigo hasta el final».



PRIMERA PARTE

## UNA REFLEXIÓN CON MUCHOS DESTINATARIOS...

JOSÉ LUIS SEGOVIA BERNABÉ,  
presbítero

### 1. A propósito del título

Más les valdría colgarse al cuello una piedra de molino de asno  
y arrojarse al mar (Mc 9,42).

Me crucé providencialmente con la autora de este libro, ya que no quiero calificarla de víctima, ni tan siquiera de superviviente, aunque haya sido ambas cosas. Había en su rostro, y sobre todo en sus ojos sin vida, un rastro de infinito dolor, de impotencia, culpabilidad, hastío vital, ¡y qué sé yo cuántas más cosas!

Tras largos meses de escucha atenta, sin entender yo casi nada, acabó confesando el origen de su sufrimiento. Aún tuvieron que pasar años hasta que pronunció el nombre del cobarde agresor, de ese «hijo de puta». Con este término valorativo le designó intencionadamente el psicoterapeuta en la primera sesión, rompiendo los moldes convencionales de

la práctica clínica. Desde esta parcialidad en favor de la víctima, reconocida en la objetividad de su humillación y su dolor, se pudo iniciar el duro camino de sanación personal del que da fe este libro.

El daño causado por el abuso sexual es devastador y duradero. Es imposible hacerse cargo de sus dimensiones sin haber escuchado varias veces con suma atención a las víctimas. La suciedad moral de los agresores y sus chantajes invaden todos los recovecos de las víctimas. Es una experiencia innarrable de posesión por el mal que corrompe su vivencia de lo religioso y su relación con Dios. Sin embargo, de ese infierno de minusvaloración, culpabilidad, temor permanente, silencio vergonzante y odio hacia el agresor es posible salir.

El desgarrador y esperanzado testimonio que relata este libro es la prueba más contundente. Para eso y por eso ha querido escribir su autora este texto. Para mostrar a tantas víctimas ocultas, silentes y silenciadas, que es posible pasar de las tinieblas a la luz, incluso aunque se hayan acostumbrado a malvivir en la oscuridad. Soy testigo de las lágrimas que se han vertido detrás de la redacción de cada palabra, pensada, repensada, matizada mil veces. Nadie podrá imaginar jamás el desgaste y el coste personal que ha tenido para ella parir estas líneas. Pero representan, también para ella, la validación de su propio camino de sanación personal y la superación de esa auténtica «invasión del mal».

No nos resultó difícil consensuar el título de este libro. El subtítulo resultó más fácil. En efecto, la pluma de la autora, víctima de abusos por parte de un clérigo, recoge de manera elocuente el abismo infinito que se abre ante quien padece la

prepotencia narcisista y depredadora de un abusador. Es su personalísima culpa y son sus víctimas. Pero también existe una responsabilidad de la Iglesia, y por eso son también «sus» víctimas. Las víctimas de la Iglesia. Sobre todo cuando el agresor ha actuado prevaliéndose de la superioridad moral que le otorga su papel eclesiástico, cuando ha llegado a contaminar con su miseria el ámbito de lo sagrado y, sobre todo, cuando la comunidad cristiana –a la que pertenecen víctima y agresor–, y particularmente su jerarquía, no ha sabido responder con la valentía y la rotundidad que exigían cotas tan altas de dolor, ha jugado al despiste y ha prolongado por décadas su silencio ominoso. Por eso son «víctimas de la Iglesia» y, especialmente, de sus responsables.

Así lo vio el papa Benedicto XVI, el primero en dar un sonoro puñetazo en la mesa para acabar con tanto mirar en otra dirección. Le siguió el papa Francisco. Ambos tomaron esta determinación cuando practicaron la intermediación con las víctimas. Nada como el encuentro personal con el ser humano que ha sufrido la humillación, la contaminación del mal y el infierno. Por eso el papa actual ha podido escribir el 2 de febrero de 2015<sup>1</sup>:

En la reunión que tuve con algunas personas que han sido objeto de abusos sexuales por parte de sacerdotes, me sentí conmovido e impresionado por la intensidad de su sufrimiento y la firmeza de su fe. Esto confirmó una vez más mi convicción de que se debe

---

<sup>1</sup> PAPA FRANCISCO, *Carta a los presidentes de las Conferencias Episcopales y a los superiores de Institutos de Vida Consagrada y a las Sociedades de Vida Apostólica* (2 de febrero de 2015).

continuar haciendo todo lo posible para erradicar de la Iglesia el flagelo del abuso sexual de menores y adultos vulnerables, y abrir un camino de reconciliación y curación para quien ha sufrido abusos [...] [Hay que] promover el compromiso de toda la Iglesia en sus diversos ámbitos [...] para poner en práctica las actuaciones necesarias para garantizar la protección de los menores y adultos vulnerables, y dar respuestas de justicia y misericordia [...] No se podrá dar prioridad a ningún otro tipo de consideración, de la naturaleza que sea, como, por ejemplo, el deseo de evitar el escándalo, porque no hay absolutamente lugar en el ministerio para los que abusan de los menores. Como expresión del deber de la Iglesia de manifestar la compasión de Jesús a los que han sufrido abuso sexual, y a sus familias, se insta a las diócesis y a los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica a establecer programas de atención pastoral, que podrán contar con la aportación de servicios psicológicos y espirituales. Los pastores y los responsables de las comunidades religiosas han de estar disponibles para el encuentro con los que han sufrido abusos y sus seres queridos: se trata de valiosas ocasiones para escuchar y pedir perdón a los que han sufrido mucho.

Esperemos que estas palabras del papa tengan traducciones efectivas en las diócesis e instituciones de la Iglesia, amparadas todavía en el «escaso número de casos» que han aparecido. Lamentablemente hay bastantes más personas afectadas. Sufren en silencio y quieren a la Iglesia más de lo que la Iglesia parece quererles a ellas. En efecto, todos los informes coinciden en que a partir de 2010 se cae en la cuenta de que los abusos sexuales por parte de religiosos son un fenómeno que no solo afecta a comunidades particulares, sino que, lamentablemente, se ha extendido en va-

rios continentes, a pesar de la tendencia a sostener que «mi país es diferente» y «aquí no se da eso». La creación de comisiones de investigación en los países con más incidencia numérica ha sido determinante; también en sus recomendaciones acerca de la prevención de los abusos, el entrenamiento en su detección, la respuesta rápida y eficaz a las víctimas-supervivientes, la transparencia en la respuesta y la acción coordinada con las autoridades civiles. Sobre todo ello se tratará más adelante. Ojalá que esta publicación sirva a quienes han padecido abusos, no para crear escándalo, que la mayoría no quiere, sino para sanar.

Volvamos al origen de este libro. Tras iniciar el acompañamiento espiritual de la autora, en escaso margen de semanas me fui encontrando con otras tantas víctimas que nada tenían que ver con la anterior, como si de un sorprendente y misterioso efecto llamada se tratara. En ninguna de ellas percibí desafección eclesial, a pesar de sentirse todas maltratadas por la institución eclesial. En absolutamente todas, un grandísimo daño psicológico y espiritual y una desatención monumental por parte de los interlocutores oficiales. En esto también resulta fundamental lo que señala Francisco: nada exime del acompañamiento pastoral y espiritual de las personas heridas por la vida, ¡y más por miembros cualificados de la Iglesia! No se puede olvidar que lo explícitamente religioso juega un papel primordial en el lento, costoso y posible proceso de devolverles la fe, la esperanza y la posibilidad de volver a amar y a ser amados. ¡Tantísimo deforesta el abuso! Pero más aún puede la gracia y las posibilidades de regeneración humana.

En la pastoral penitenciaría se habla mucho del *principio de perfectibilidad*. Es uno de los atributos que ha regalado Dios a la dignidad humana. Nadie queda irremisiblemente encadenado a su pasado, atado al lastre de su sufrimiento o de su comportamiento. No somos prisioneros de nuestras culpas, tampoco de nuestras heridas. Siempre podemos nacer, como Nicodemo, de nuevo. Dios sabe cómo hacer nuevas todas las cosas. Él es el Señor del tiempo y el único dueño del porvenir. El futuro es el tiempo de Dios, que se abre –a veces a empujones– a lo inédito y a lo inesperado. La gracia es la fuerza de Dios en la desgracia, la que ha permitido a nuestra autora sobrevivir y, finalmente, curarse del mal. Esta es una afirmación constatada por la práctica, no un postulado de la razón teórica. Por supuesto, esto es válido para las víctimas y también para los agresores, de los que hablaremos al final. Esta obra dará cuenta de buena parte de cuanto se contiene en este bendito don de la perfectibilidad que hace que el ser humano sea siempre redimible, aunque sus lastres sean muy pesados y al comienzo de la aventura sanadora parezca imposible un final; que no puede olvidar el pasado, pero que lo supera e integra felizmente. Esta una de las más contundentes y esperanzadoras afirmaciones que se pueden hacer desde una teología de la redención.

Insisto en que nadie se llame a engaño con el título del libro. *Víctimas de la Iglesia* refiere una realidad objetiva que rebosa toneladas de cariño a la Iglesia, santa y pecadora, Madre y Maestra, en este preciso orden tan querido por el Papa Bueno, san Juan XXIII. Los cristianos católicos pertenecemos a una comunidad surgida a los pies de un Crucificado



y depositaria de un Evangelio más grande que ella, portado en frágiles vasijas de barro y siempre infinitamente más valioso y salutífero que las mediocres mediaciones humanas que faliblemente lo visibilizamos.

El propósito de la autora es bastante más que hacer una denuncia. Propiamente se trata de una invitación sentidísima, rezada, pensada, objetiva, muy ponderada y rebosante de caridad cristiana, hacia la Iglesia, para que cambie su discurso en algunos puntos (por ejemplo, en la consideración de los adultos «vulnerables») y, sobre todo, para que cuide diligentemente de sus víctimas. No es, por tanto, fruto del resentimiento ni pretende pasar factura por nada. Mucho menos busca regodearse en lo mal que lo ha hecho la jerarquía de la Iglesia o en dar pábulo al morbo y al escándalo que siempre suponen este tipo de delitos. Bien al contrario, nuestra autora pretende evitar que estos hechos se repitan, hacer que el dolor causado se acoja y se repare, y que quienes se pudren avergonzados en el infierno del silencio no teman y busquen ayuda. De este modo, nuestra querida Iglesia, y especialmente sus responsables, podrá salir a su encuentro y aliviar el dolor que, al menos por omisión, ha contribuido a cronificar en bastantes casos.

Las víctimas lo son directa y primariamente de sus depredadores, los auténticos culpables, pero también lo son de la Iglesia, que tiene sus responsabilidades. «Ser responsable es tener el deber de responder», se decía en *Los hermanos Karamazov*. En este sentido, no se trata de la responsabilidad desmedida e ilimitada que propone Lévinas ante el otro, sino la que bebe de un pecado cierto de omisión y del incumpli-

miento de un deber de diligencia y de cuidado. Ciertamente no hubo mala intención en la institución, pero el daño devino fruto de su negligencia y de dosis no pequeñas de cobardía.

El rostro de la víctima siempre aterra, sobre todo cuando está desfigurado por lustros de maltrato, incuria y desafección. Es verdad que, en los últimos años, la Iglesia ha avanzado mucho en general. También ha cambiado la sensibilidad y la conciencia social y moral, dentro y fuera de ella, acerca de los abusos. Lo mismo ha sucedido en la violencia contra la mujer, los abusos sexuales en la familia y en otras cuestiones. Pero quedan bastantes pasos por dar. Por nuestros pagos subsisten criterios obsoletos y «defensistas» que más parecen querer preservar el honor de la institución y prevenir escándalos que prestar atención, credibilidad e incondicionalidad a las víctimas; por otra parte, no se ha hecho una oferta visible, organizada y creíble para dar respuesta al dolor silente de las víctimas.

## 2. Una palabra entrañable y esperanzadora para las víctimas

Os digo que, si se callan, gritarán las piedras (Lc 19,40).

Cuando el lector se encuentre en primera persona con la narración de las vejaciones padecidas y las terribles consecuencias que supone para las víctimas incluso décadas después, entonces podrá entender el porqué de silencios tan prolonga-

dos o de vidas tan secretamente fallidas que no se atreven a salir a la luz ni siquiera para pedir ayuda. También se hará cargo de la asfixia que provoca el círculo cerrado de lo que la autora denomina «incesto espiritual». Esta violación de la intimidad personal se produce en el contexto de una relación de auténtico parentesco espiritual y suele tener más que ver con la dominación y el narcisismo que con el sexo, aunque el contenido de las vejaciones adopte el lenguaje erótico<sup>2</sup>. La literatura actual al respecto, producida sobre todo en Estados Unidos, es bastante elocuente<sup>3</sup>.

Este libro va dirigido a ellas: a las víctimas de abuso en cualquiera de sus formas. A los niños y niñas, a los hombres y mujeres adultos a los que, mediante el «prevalimiento» del ascendiente moral de un papel reconocido social y eclesialmente, se pretendió poseer. Su mensaje es claro y rotundo: hay salida al infierno. Se puede romper esa atadura invisible y asfixiante de sometimiento, angustia y temor que se mantienen incluso cuando se ha perdido el contacto físico. Aún más: en esa salida compleja del «no lugar», la experiencia limpia de Dios es fundamental y ayuda como ninguna otra.

---

<sup>2</sup> A veces se trata de una rabia reprimida y un enfado permanente y generalizado con el mundo, expresivo de un malestar personal y una anemia espiritual que cristaliza en la pretensión de dominio personal y sexual.

<sup>3</sup> Cf. «Child sexual abuse in the context of the Roman Catholic Church: a review of literature from 1981-2013», en *Journal of Child Sexual Abuse* 23/6 (2014), pp. 635-656; K. J. TERRY, «Child sexual abuse within the Catholic Church: a review of global perspectives», en *International Journal of Comparative and Applied Criminal Justice* 39/2 (2015), pp. 139-154. En la Red: <http://dx.doi.org/10.1080/01924036.2015.1012703>. Debo agradecer a Agustín García Moreno el acopio de literatura internacional que me ha hecho llegar sobre esta cuestión.

Es verdad que incluso la fe sale salpicada y es malherida. Por tanto, habrá que purificar la experiencia liberadora y sanante de Dios de todas las contaminaciones bastardas que ha introducido el hecho criminal. Pero es posible experimentar que el Señor es capaz de «dar un paso atrás para manifestarse en el rostro y el abrazo de otros que le hacen cercano». Y así, «aunque el terror no cesará de inmediato y los intrusos seguirán jugando y confundiendo durante un tiempo, Dios acortará el camino».

La utilización de ritos, palabras, símbolos e incluso sacramentos al servicio de la dominación de personas ha dejado a Dios en mal lugar. Incluso a veces se ha hecho dudar de su existencia o se ha alzado la queja desgarrada o la blasfemia ante su aparente inacción o participación por omisión. El tiempo y el acompañamiento permitirán descubrir que Dios no falla jamás, aunque la Iglesia y sus responsables lo hayamos hecho de manera escandalosa, al modo de los discípulos en Getsemaní.

Hay que conectar con el dolor victimal la experiencia de la fuerza de un Espíritu que no ha dejado de sobrevolar amorosa y eficazmente sobre quien padecía el escarnio. Dios es más que nunca en estos casos el Señor del tiempo y un Dios que abre al futuro portillos creíbles de esperanza. Edith Stein, víctima del Holocausto nazi, pudo escribir de otro infierno incomprensible:

La carga de la cruz que Cristo asumió es la de la naturaleza humana corrompida, con todas sus consecuencias: el pecado y el sufrimiento que padece la humanidad caída [...] El dolor roba nues-

tra atención y nos obliga a averiguar cuál es nuestra posición, de qué tratan la vida y la muerte. Las respuestas no son totalmente satisfactorias a nivel intelectual. Por lo tanto, nos encontramos, a regañadientes al principio, en un peregrinaje con Dios a través de lo peor de lo que la humanidad es capaz de perpetrar. Estamos de camino con Dios a través de realidades aplastantes que brotan justo en medio de nuestra vida; la enfermedad, la muerte, la pérdida de fortuna o de amigos, de oportunidades y sueños. ¿Qué respuesta aceptable podría tener esto?<sup>4</sup>

Jesucristo oponía la fe al miedo (cf. Mt 8,26). Reconozcámoslo. Durante mucho tiempo la Iglesia ha tenido pavor a mirar a los ojos de las víctimas. Las ha silenciado, siquiera mirando hacia otro lado o haciéndolas sospechosas, y a los culpables los ha convertido en meras piezas de un triste juego de ajedrez en el que la respuesta consistía todo lo más en cambiar la pieza de casilla. Sin embargo, Dios no pasa de largo. Mira de frente al dolor y se encara con quienes lo han provocado. Las palabras más duras del Evangelio se dirigen precisamente hacia quienes han escandalizado a los pequeños.

El cardenal arzobispo de Viena, Christoph Schönborn, fue uno de los primeros obispos europeos en fijar su atención en el drama de las víctimas. Cuando en Alemania y Austria se dieron a conocer los primeros crímenes de abusos

---

<sup>4</sup> TERESA BENEDICTA DE LA CRUZ, *Obras completas de santa Edith Stein. La vida oculta: ensayos hagiográficos IV*, citado por G. J. MCGLONE / R. GIACOMETTO, *Prevención y disminución del abuso de adultos vulnerables*. Roma, Pontificia Universidad Gregoriana, 2012, en [http://www.conferre.cl/documentos/upload/19032012\\_731am\\_4f673538e6b3e.pdf](http://www.conferre.cl/documentos/upload/19032012_731am_4f673538e6b3e.pdf).

sexuales en la Iglesia, el arzobispo de Viena convocó una misa de «acusación y arrepentimiento» en la catedral de San Esteban. Ante más de tres mil fieles, entre los que estaban víctimas de abusos sexuales en la Iglesia, el cardenal pronunció estas palabras el 31 de marzo de 2010:

Gracias porque habéis roto el silencio. Gracias a las víctimas que han sido capaces de confiar en sí mismas y comenzar a hablar. A menudo cuesta mucho romper la espiral del silencio. Algo se ha roto ya, aunque queda mucho por hacer.

En esta hora, los sermones no vienen al caso. Podrían ser no solo incómodos, sino perjudiciales. Lo apropiado sería guardar silencio. No el silencio que se ha guardado con demasiada frecuencia: el silencio que encubre, el que acalla, el que impide hablar. Tendríamos que guardar el silencio de los amigos de Job, que simplemente se quedaron en silencio ante el sufrimiento de su amigo.

Confieso que durante estos días he sentido el peso de la injusticia. ¿Por qué se ha puesto en la picota a la Iglesia? ¿No se cometen abusos en otros lugares? ¿Hay alguien investigándolo? ¿Está siendo tratado este tema? Tuve la tentación de decir: ¿lo han planeado los medios de comunicación porque no les gusta la Iglesia? ¿Se trata acaso de una conspiración contra la Iglesia?

Pero luego sentí en mi corazón: ¡no, no es esto! Incluso si así fuera, la imagen que el espejo nos devuelve nos descubre que, dentro de la Iglesia, este es un asunto muy serio: contamina el santo Nombre de Dios. Los abusos cierran el acceso a Dios, a veces para toda la vida, que es quien está a nuestro lado y nos hace libres.

El abuso sexual o físico, cuando ha sido cometido por un clérigo o religioso, puede llegar a envenenar a Dios. La persona que supuestamente más nos acerca a Dios y a su Nombre es la que llega a destruir la relación con Dios. Esto es lo que hace que los abusos en el seno de la Iglesia sean incluso peores. Por eso, las palabras

«santa ira» pronunciadas por Jesús suenan terroríficas: «Al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le ataran al cuello una rueda de molino y lo tiraran al mar» (Mc 9, 42). Escándalo con los pequeños, los indefensos, los dependientes, niños y jóvenes: esto es lo que provoca la ira y la aflicción de Dios.

El libro del Éxodo nos habla de un encuentro con Dios. No es un encuentro con un poder anónimo, con algún tipo de energía, sino con un yo: «Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Yo soy el Dios de tu padre». Él es el Dios que llama a Moisés por su nombre, que nos llama, que llama a cada uno por su nombre. Él le conoce. Él me conoce. Él le llama. Él me llama. Él es mi Dios y el Dios de cada uno de nosotros. Y se demuestra quién es. No es un Dios que mira para otro lado y no escucha: «He visto el dolor de mi pueblo en Egipto y he oído su lamento. Conozco su sufrimiento». Es un Dios que ve y escucha con atención, y que no permanece impassible ante el sufrimiento.

¡Cuán horrible es que el acceso a Dios se vea obstruido por gentes de Iglesia! Que el nombre del Dios de la vida se vea envenenado, y que, después de todo, las víctimas experimenten cómo su dolor es ignorado; su sufrimiento, invisibilizado, y su sonoro lamento, silenciado...

Moisés no habría sido capaz de encontrar a este Dios si hubiera mirado para otro lado durante su estancia en Egipto, cuando uno de sus compatriotas, un hebreo, fue maltratado por un esclavista. Por eso, Moisés pagó el precio de no mirar hacia otro lado.

«Y ahora vete», fue el desafío de Dios a Moisés: «¡Libera a mi pueblo de la casa de la esclavitud! Llévalos a la libertad, a la tierra que mana leche y miel». Moisés solo puede hacer lo que Dios le pide cuando conoce el sufrimiento, cuando actúa como Dios. «Yo he descendido para libraros de la mano de los egipcios». Desde lo alto de su caballo, Moisés no podría haber llevado a su pueblo la liberación de Dios.

¿No es una tragedia que experimentemos que los abusos convierten el Evangelio de la liberación en mala noticia?

Por eso la Iglesia debe arrepentirse, todos nosotros debemos arrepentirnos. Mientras la Iglesia no vea ni escuche de cerca seguirá obstruyendo al Dios liberador y redentor. Y no solo no proclamará la Buena Noticia de la liberación de la esclavitud, sino que empeorará aún más la esclavitud de las víctimas.

Esta es una dolorosa experiencia para la Iglesia. Pero, ¿qué es este dolor comparado con el dolor de las víctimas que no han sido escuchadas, que han sido invisibilizadas? Cuando ahora nos hablan las víctimas es Dios quien nos habla, es Dios quien habla a su Iglesia, es Dios quien nos dice como a Moisés: «Te he mirado diligentemente y he visto lo que han hecho contigo»<sup>5</sup>.

Aunque el pecado de los abusos no hace excepción de continentes ni de países, quizá en ningún sitio como en los Estados Unidos se han padecido las nefastas consecuencias de tanto abusador y de tan pobre atención institucional hacia las víctimas. Sin embargo, bien es verdad que tardíamente se han concatenado respuestas bastante pertinentes. Así, por ejemplo, se encargaron informes y estudios independientes<sup>6</sup> que aportaran respuestas y pudiesen prevenir nuevas atroci-

---

<sup>5</sup> <http://www.praytellig.com/index.php/2010/03/31/when-the-victims-speak-god-speaks-to-us/>.

<sup>6</sup> «The Nature and Scope of Sexual Abuse of Minors by Catholic Priests and Deacons in the United States (1950-2002)», dirigido por el John Jay College of Criminal Justice (Nueva York), The City University of New York, encargado por la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos (USCCB). En 2002 aprobó el estatuto para la *Protección de la Infancia y la Juventud*. Entre las medidas aprobadas, además del estudio citado, encargó otro posterior (2011): «The Causes and Context of Sexual Abuse of Minors by Catholic Priests in the United States, 1950-2010».



dades. De todas las investigaciones se puede inferir que la Iglesia católica ha pasado por varios patrones de respuesta ante el abuso.

En un primer momento se consideró que concurría un comportamiento inapropiado de la persona consagrada. Se trataba de un sujeto «pecador» que incumplía sus votos y promesas: se pretendía aliviar el escándalo con un simple cambio de destino, porque «la ropa sucia se lava en casa». En un segundo momento prevaleció el abordaje meramente psicológico: «el asunto» se resolvía discretamente, mandando al psicólogo al culpable y sometiendo a las víctimas a su invisibilización. Finalmente se ha considerado que se trata, lisa y llanamente, de un delito muy grave y que como tal debe ser tratado.

Con todo, este último enfoque, enfatizado con la asunción retórica del principio de «tolerancia cero», no nos parece suficiente a quienes apostamos, dentro del sistema penal, por un modelo de justicia restaurativa. Este toma como punto de partida el sufrimiento de las víctimas y su papel predominante, pero no puede quedarse reducido a una contundente respuesta penal contra el infractor. Pero del abusador hablaremos más adelante.

Tenemos que reconocer con humildad que hemos carecido de sensibilidad hacia las víctimas. En buena medida nos la ha facilitado la sociedad civil y bastantes no creyentes. Una vez más, ¡el Espíritu sopla donde quiere! Hemos ido eclesialmente a remolque. Nos costó acoger en primera persona y creernos el relato espeluznante de dolor de las víctimas. Todavía nuestros obsoletos protocolos rezuman descon-

fianza hacia las víctimas, que *pueden* mentir o provocar *escándalo*. Conviene recordar que lo que movió a Benedicto XVI, y ahora a Francisco, a cortar por lo sano fue experimentar el horror del relato en primera persona: una vez más, la sacralidad del «rostro del otro». Ante él no cabe más que la vergüenza más absoluta. Y echarse a llorar con quien lleva sollozando años, todos los días –¡casi media vida!–, como, hasta hace poco, la autora de las líneas que seguirán.

Con todo, la última palabra no la tienen las lágrimas, sino la esperanza. Recojo un testimonio escrito de una víctima: «Quiero empeñarme en dejarme abrazar por Dios y mandar al carajo a los demonios del miedo, la inseguridad, el victimismo, la falsa humildad y la estupidez, que me impiden gozar del amor de Dios. Vivo un tiempo nuevo y Dios lo teje amorosamente. Soy suya, lo sé. Y no voy a ponerle un pero. Es el mejor modo de cerrar las puertas a un pasado que jamás debió haber sucedido, pero que me ha traído hasta aquí».

### 3. Una palabra de la Iglesia y para la Iglesia

Hombres de poca fe, ¿por qué tenéis miedo? (Mt 8,26).

Una Iglesia «en salida» y «samaritana» tiene mucho que ofrecer en esta delicada cuestión. Aunque muchos textos de la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* no estén escritos pensando en esta realidad, son aplicables sin violencia alguna dado el carácter programático del documento y su invita-

ción radical a la conversión pastoral<sup>7</sup>. «Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de la proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión, pero que, al mismo tiempo, sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana» (EG 169). «No autopreservación», sino «renovación inapla- zable» (cf. EG 27-33). Más explícitas son algunas palabras: «Nuestro dolor y nuestra vergüenza por los pecados de algunos miembros de la Iglesia, y por los propios, no deben hacer olvidar cuántos cristianos dan la vida por amor» (EG 76).

Nadie como nuestra buena amiga puede testimoniar la verdad que encierra la afirmación de Francisco: «Hay que seguir adelante sin declararse vencidos y recordar lo que el Señor dijo a san Pablo: “Te basta mi gracia, porque mi fuerza se manifiesta en la debilidad” (2 Cor 12,9). El triunfo cristiano presupone siempre una cruz, pero una cruz que al mismo tiempo es bandera de victoria, que se lleva con una ternura combativa ante los embates del mal» (EG 85). Su propio recorrido como víctima-superviviente testimonia la veracidad de estas palabras y la importancia que tiene el acompañamiento pastoral de estas situaciones. No en vano el Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su dolor y sus reclamos (cf. EG 88). Ante las víctimas de la Iglesia, «el imperativo de escuchar el clamor de los pobres se hace carne en nosotros cuando se nos estremecen las entrañas ante el dolor ajeno» (EG 193).

---

<sup>7</sup> Cf. «*Evangelii gaudium*» y sus desafíos pastorales. Madrid, PPC, 2014.

De las personas abusadas puede afirmarse: «Elas tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del *sensus fidei*, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos» (EG 198). Si desde esta misma clave seguimos leyendo un poco más adelante, la interpelación es aún más intensa:

Puesto que esta Exhortación se dirige a los miembros de la Iglesia católica, quiero expresar con dolor que la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual. La inmensa mayoría de los pobres tiene una especial apertura a la fe; necesitan a Dios y no podemos dejar de ofrecerles su amistad, su bendición, su Palabra, la celebración de los sacramentos y la propuesta de un camino de crecimiento y de maduración en la fe. La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria (EG 200).

Esto es de plena aplicación a las víctimas de la Iglesia. Cuanto más nos chirrién estas palabras, mejor servicio y más sensibilidad revelarán hacia las personas abusadas.

La vida, la historia, el dolor injustamente padecido son lugares en los que se puede experimentar la presencia de Dios. Por duro que resulte, también en el infierno del abuso sexual se puede hacer una lectura creyente. «La muerte de Jesús

incluyó todo lo que tiene la muerte de terrorífico: tortura patrocinada por el Estado, angustia física, injusticia brutal, odio de sus enemigos, burlas de sus vencedores, colapso de la obra de su vida, traición de algunos de sus amigos más íntimos, experiencia de abandono por parte de Dios y la impotencia que se manifiesta cuando alguien deja de ser heroico», ha escrito la teóloga Elisabeth Johnson<sup>8</sup>.

Hay analogías, dice una terapeuta asesora de los obispos norteamericanos<sup>9</sup>, entre esta descripción de la muerte de Cristo y el abuso sexual: angustia física, injusticia brutal, traición en una relación de confianza, la experiencia de abandono de Dios y el sentido de una abyecta indefensión, todos son aspectos del abuso sexual por clérigos y de la paradigmática respuesta de muchos dentro de la Iglesia católica a las víctimas. La muerte de Cristo y su resurrección siguen proporcionando un marco teológico apto para promover el sincero reconocimiento de los hechos, la toma de conciencia de la gravedad de los mismos, el apoyo financiero, terapéutico, legal, emocional, espiritual y pastoral a los afectados. Lo mismo se diga del discernimiento en torno a la veracidad de las acusaciones y a su tipicidad criminal, la colaboración con las instituciones encargadas de investigar y juzgar los hechos, la formalización de protocolos de respuesta eclesial rápida, transparente y eficaz. Además está indicada la adopción

---

<sup>8</sup> E. JOHNSON, *Consider Jesus: Waves of Renewal in Christology*. Nueva York, Crossroad, 1990.

<sup>9</sup> M. G. FRAWLEY-O'DEA, *Perversion of power: sexual abuse in the Catholic Church*. Nashville, Vanderbilt University Press, 2007.

de medidas terapéuticas y penales que ayuden más que maltraten al abusador; el fomento de un ambiente eclesial más sano, participativo, transparente y corresponsable, donde el poder «no sea un oscuro objeto de deseo» y la relación sexual no se pueda tornar como «una experiencia de poder». Contribuirá, por fin, una teología «no victimizante» de las personas abusadas, capaz de abrazar al que sufre, pero «sin quedarse prisionero en el sufrimiento»: una concepción reduccionista del sufrimiento ha acabado por ayudar más a los que hacen sufrir que a los que sufren.

Ojalá que las víctimas silentes, las vergonzantes y con miedo a visibilizarse, pidan ayuda y la Iglesia se la otorgue con prontitud. Solo de este modo, apostando por las personas abusadas, estará siendo profundamente evangélica. En una Iglesia así, las víctimas encontrarán «la fuerza de Dios para sobrellevar los sufrimientos y cansancios de la vida. Como a san Juan Diego, María les da la caricia de su consuelo maternal y les dice al oído: “No se turbe tu corazón [...] ¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?”» (EG 286).

La Iglesia, santa y pecadora, pero depositaria de un tesoro precioso, sigue siendo sacramento universal de salvación y sanación. Si se compromete de verdad con sus víctimas, no tendrá nada que perder, al contrario, será expresión creíble de la misericordia de su Señor.

Las víctimas leerán con provecho el testimonio de las páginas que siguen, escritas con temor y temblor. No importa cuál sea su relación con la Iglesia. Ni siquiera las amistades que guarden o no con Dios. El abuso lo corrompe todo. Solo por ser víctima se adquiere un estatuto de supremacía teológica

y moral; aunque, evidentemente, eso tampoco asegure tener la razón en todas las pretensiones. Son predilectas de Dios, intensa y permanentemente queridas por él. Nadie tiene derecho a juzgar a las víctimas, ni su recorrido, ni sus opciones, ni sus sentimientos... ni siquiera su fe. ¡Solo faltaba, cuando han sido víctimas de lo que podría llamarse una traición institucional! Y precisamente a cargo de personas en las que se pone una expectativa de cuidado y preservación de la intimidad personal. Pero ojalá puedan redescubrir que se puede confiar en Dios siempre y que se puede recuperar la confianza en la Iglesia y en sus ministros. Afortunadamente, la inmensa mayoría es buena gente y no se parecen en nada a los abusadores.

Las diócesis y congregaciones deberían contar con personas competentes para coordinar la ayuda para el cuidado pastoral inmediato de aquellas personas que refieran haber sufrido abusos sexuales por personal de la Iglesia. Las víctimas necesitan dejar de ser víctimas. Todo lo que se haga para conseguirlo será poco. Hacen falta sacerdotes, psicólogos e incluso personas que hayan sufrido abusos y estén dispuestas a acompañar, escuchar y compartir. Y, por supuesto, hacen falta medios. Los procesos terapéuticos son largos y costosos. La Iglesia está obligada a asumir esta tarea y sufragarla. Asimismo es preciso seguir investigando la etiología de estos comportamientos, que no se correlacionan ni con el celibato ni con la orientación sexual de los agresores. Y sí lo hacen, desde luego, con su madurez psico-afectiva y la socialización civil y eclesial que han vivido.

Es preciso elevar en el seno de la Iglesia los estándares de selección de personal. Pero no solo eso. En la contemporánea

cultura organizacional civil, a cualquier entidad se le exigen unos niveles elevados de transparencia y rendición de cuentas. Se ha acuñado el término *accountability* para expresar no la excelencia de una institución, sino el mínimo para que sea fiable. Es obvio que el Evangelio nos debe llevar más allá de este mínimo elemental. Exige hacerse cargo más allá de la responsabilidad institucional tradicional. La Iglesia, que de algún modo es responsable de la victimización primaria causada por el abusador, no puede serlo ahora, de modo más directo, de una nueva victimización secundaria consecuencia del ninguneo, la desafección, la invisibilización social o la procura de que no emerjan los casos para evitar el escándalo. El perdón verdadero debería incluir el conocimiento público de lo que ha ocurrido, la memoria del abuso y la defensa y reparación de quienes padecen en silencio o, peor aún, han sido silenciados.

Los abusos sexuales cometidos por religiosos y religiosas corrompen el mundo de relaciones de las personas abusadas y generan trastornos que «destruyen la biografía de las víctimas». Son siempre «asuntos públicos» de la Iglesia, sin perjuicio de la preservación de los derechos de las personas afectadas.

Por otra parte, hay que abandonar algunas distinciones dañinas. Es cierto que no es igual abusar de un menor que de un adulto. Pero no se puede olvidar que una relación entre dos adultos no supone, en absoluto, libertad en la víctima (Garland)<sup>10</sup>.

---

<sup>10</sup> D. R. GARLAND, «When Wolves Wear Shepherds' Clothing», en *Journal of Religion & Abuse* 8.2 (2006), pp. 37-70.



Es indiscutible la coerción psicológica que produce el ascendente moral y espiritual que tiene el agresor. Por eso no debiera correlacionarse «adulto vulnerable» con minusvalía física o mental. Más bien hay que partir de que la vulnerabilidad no la «tiene» la víctima, sino que la «provoca» el agresor, a quien se otorga a priori un papel de prevalencia (superioridad relacional), un alto nivel moral (ascendiente ético) y un inequívoco papel relacionado con lo sagrado (referente religioso). No es tanto la concurrencia subjetiva de una minusvalía en la víctima, sino la prevalencia del agresor, lo que torna a un adulto normal en especialmente vulnerable. Mucho menos relevante es si el menor abusado era sexualmente inocente. Era un niño o una niña. Punto.

Mucho más que en otros roles profesionales, el clérigo se ubica en una posición prevalente y en una relacionalidad de perfiles más difusos, con tiempos, modos y lugares menos perfilados. Ello permite más oportunidades al abusador, que aprovecha esa ambigüedad en detrimento de una muy limitada capacidad de reacción por parte de una víctima extremadamente perpleja y desconcertada.

Un joven opositor universitario, hombre atlético de casi 1,90 m de estatura, me contaba cómo quedó literalmente paralizado sorpresivamente de miedo y perplejidad cuando, bajo la capa de un masaje profesional para aliviar un dolor lumbar agudo, un religioso, que alardeaba de conocimientos fisioterapéuticos, empezó con maniobras inadecuadas. Su única reacción fue hacerse el dormido y hacer como que empezaba a despertar, poco a poco, para que el agresor pudiese cejar en su indecente comportamiento. No le cabía en la

cabeza lo que estaba viviendo y se preguntaba atormentado por qué no fue capaz de repeler el abuso sexual, por ejemplo dándole un puñetazo. Tal es el descoloque que produce en la víctima, por muy adulta que sea. Lo narra con elocuencia una mujer víctima de abusos:

El daño irremediablemente ya ha sido consumado y continuamente tengo que luchar contra mí misma para no sentirme definida por el daño [...] Lo peor son las personas que tienen que convivir con esta experiencia en secreto. Muchas veces grito: «¡Sí, soy una víctima de abuso sexual por un sacerdote! Sí, eso me sucedió a mí». Odio el secreto, odio esta abrumadora losa. ¿Por qué no puedo hablar de esto como lo hago de otras injusticias padecidas? Probablemente porque tengo miedo de que haya siempre alguien que piense que yo lo consentí o lo quise. Pero de alguna manera no quiero seguir siendo víctima, no quiero seguir usando la palabra «superviviente», porque no quiero sobrevivir, simplemente quiero vivir y crecer con fuerza. Y estoy aquí a pesar de lo que me pasó, a pesar del dolor, a pesar de la vergüenza y la afrenta que siento, a pesar del secreto en que me he encerrado<sup>11</sup>.

Lo religioso queda contaminado y conduce a una perplejidad aún mayor:

El hecho de que mi abusador fuera un sacerdote añadió gran confusión en mi mente. Los dedos que abusaban mi cuerpo la noche anterior eran los mismos que me ofrecían la sagrada hostia la siguiente mañana. Las manos que sostenían la cámara para foto-

---

<sup>11</sup> N. W. POLING, *Victim to Survivor: Women Recovering from Clergy Sexual Abuse*. Cleveland, United Church Press, 1999, pp. 79 y 99.

grafiar mi cuerpo expuesto, a la luz del día eran las manos que sostenían un libro de oraciones cuando venía a escuchar mi confesión. La afirmación de mi abusador de que él era un sacerdote y, por lo tanto, no podía equivocarse sonaba como verdad en mí, se me había enseñado que los sacerdotes estaban por encima del hombre normal. Esto añadía mayor peso a mis sentimientos de culpa y la convicción de que lo que había pasado era culpa mía, no suya<sup>12</sup>.

Es evidente la necesidad de cuidar la selección de los candidatos a la vida presbiteral y religiosa. Y sobre todo hay que procurar que la formación acentúe la dimensión ministerial y fraternal de su servicio. En efecto, como se ha repetido, subyace en muchos agresores una patología de poder y dominación que podría reforzarse desde una eclesiología y concepción del ministerio que, acentuando tanto lo específico, acaba por obviar lo que *horizontaliza* y constituye personalidades *sanas y normales*. «En cuanto el abuso sexual es principalmente y sobre todo un crimen de poder es también provechoso examinar las relaciones de poder dentro de la institución eclesial que estén potencialmente implicadas en ese escándalo»<sup>13</sup>.

Quiero concluir este epígrafe brevemente con lo que me ha aportado la experiencia de acompañamiento a personas que han sido víctimas de agresiones sexuales. En primer

---

<sup>12</sup> M. COLLINS en el Congreso del Vaticano contra la pederastia, febrero de 2012, en <http://mexico.cnn.com/mundo/2012/02/07/una-victima-de-un-cura-pederasta-narra-su-drama-en-el-vaticano>.

<sup>13</sup> M. G. FRAWLEY-O'DEA, *Perversion of power*, o. c. p. 9.

lugar quiero destacar algo sin lo que no se habría producido ningún encuentro: la bendita sensibilidad para detectar detrás de una mirada triste la presencia de «algo» más. Ponernos a tiro del encuentro con el otro, que siempre es una novedad, sigue siendo el primer desafío, aunque descoloque agendas y desconcierte mucho. Se trata de poner en acto la proximidad solidaria de la que habla Benedicto XVI: prójimo es cualquiera que encuentro en mi camino, tenga necesidad de mí y al que yo pueda ayudar (cf. *Deus caritas est* 15).

En segundo término son precisas grandes dosis de paciencia y de discreción. El acompañamiento de estas situaciones no tiene nada que ver con el ejercicio detectivesco ni con la curiosidad malsana; mucho menos con la lengua suelta. Es la persona acompañada quien marca los ritmos y hace aparecer las necesidades. Esto sucede a «su» velocidad, que nunca es la nuestra. Naturalmente es ella la que cuenta todo lo que quiere y exclusivamente solo aquello que le apetece. No se pretenda saber ni una palabra más. En el relato de su tragedia, recompuesto a retazos, debe sentir de manera inequívoca que tomamos partido desde el principio por ella hasta al final, pase lo que pase. No hay acompañamiento aséptico o descomprometido. Supone mucho más que empatía. Debe tener la certeza de que es creída en todos los extremos de su narración y que jamás será abandonada.

En tercer lugar es necesario procurar un espacio terapéutico especializado con un profesional competente y capaz de hacerse cargo de las implicaciones religiosas del caso. No hay que confundir el tratamiento con el acompañamiento espi-

ritual. Cada uno tiene su marco y metodología. En ningún caso se me ocurrió actuar como terapeuta. Haber tenido en ese papel a un psicólogo clínico con la sensibilidad y la competencia de Javier Barbero ha sido una grandísima ventaja. A pesar de ser buenos amigos, solo hablamos de ella con ella delante, manteniéndonos cada cual en el ámbito estricto de nuestras competencias.

En cuarto lugar, obvio es decirlo, no se trata de juzgar a la víctima ni sus opiniones sobre la Iglesia, los curas y monjas o sobre Dios. No olvidemos que lo urgente es sanar sus heridas, no sus sentimientos hacia la Iglesia. Máxime cuando la reacción institucional normalmente no ha sido precisamente ejemplar.

No obstante, señalaré que una tarea primordial será ayudar a purificar la imagen de Dios que tiene la víctima. Si previamente tenía una concepción justiciera de Dios, el daño será aún mayor, porque contribuirá a incrementar su miedo existencial. De ahí que haya que procurar una experiencia sanante y liberadora, que devuelva la certeza de su compañía sosegante en el infierno de la angustia. Lo expresa la víctima en una carta: «Quiero perdonarle por provocar en mí el miedo a Dios, como si del Maligno se tratara, y por corromper en mí la experiencia de la eucaristía. Por inocular el miedo en mi vida y configurar en mí la imagen de un Dios abusador, explotador, maltratador y cínico, que me exige sometimiento, que me compra y que me vende, que me chantajea y me posee despiadadamente». Sobran las palabras. Se comprende que el proceso será lento, paciente y con un acompañamiento continuo e incondicional. Ayudará a una experiencia

liberadora leer en clave creyente los años de abismo desde la supervivencia atormentada, pero también desde la fuerza para salir de él. Más tarde –a veces al mismo tiempo– se procurará ayudarle a redimensionar con realismo crítico la percepción de la Iglesia, procurando entornos seguros en la práctica de los sacramentos y la oración. La gracia del sacramento de la reconciliación facilita en muchos casos la desaparición de una culpa difusa que sigue atando invisiblemente a la víctima con el abusador. La convicción, primero racional y más tarde afectiva y experiencial, de la neta supremacía de Dios sobre el mal, el pecado y la muerte y su continua explicitación constituyen un espléndido aliado en el camino de sanación.

En último término se tratará de que redescubra que, junto con algunos depredadores que se han aprovechados de momentos vitales de especial vulnerabilidad, existen muchos hombres y mujeres de Iglesia –la inmensa mayoría– que, con virtudes y defectos, se afanan humildemente en ser testigos del Evangelio. No siempre será posible, pero en nuestro caso tuvimos el gozo inmenso de poder concluir el proceso con una celebración religiosa de acción de gracias a Dios. En esa celebración, extremadamente sentida, contamos con la compañía de las personas significativas que la víctima eligió y que estaban en «el secreto», y se expresó ritualmente el proceso de sanación felizmente llevado a término.

Una seria advertencia final en este epígrafe. Afortunadamente hemos superado la etapa de mirar hacia otro lado y desentendernos del sufrimiento de las víctimas. El riesgo es

instalarnos ahora en «la compasión sin compromiso» (G. Varona<sup>14</sup>). Las cosas seguirían en el fondo igual, pero teñidas de un vacío sentimiento formalmente compasivo y humanitario. La Iglesia y sus responsables deben perder el miedo a mirar a la cara a las víctimas, asumir los pecados de los miembros de la institución y mostrar el camino para corregir los yerros. De este modo, la sincera disposición a la escucha de las víctimas supervivientes, el apoyo terapéutico con medios propios o ajenos y el resarcimiento económico de los daños causados por el depredador son, entre otros, los mejores indicadores para valorar la ética del compromiso institucional.

#### 4. Y al fin una palabra de esperanza también para los abusadores

Si tu conciencia te condena tienes que saber que hay un Dios más grande que tu conciencia (1 Jn 3,20).

No se confunda el lector. La apuesta descarada por las víctimas no es en modo alguno un abandono a su suerte de los abusadores. No se trata de una hipócrita equidistancia. Hay una brutal asimetría entre la víctima y la grosera indecencia del agresor. Sin embargo, también ellos, los abusadores,

---

<sup>14</sup> Gema Varona Martínez, experta investigadora en esta materia, está llevando a cabo interesantísimos estudios sobre el tema que nos ocupa desde el Instituto Vasco de Criminología, fundado por Antonio Beristáin Ipiña, SJ, impulsor de la victimología por nuestros pagos.

como todos los pecadores, son hijos de la Iglesia, por más que escandalice y sea política, social o eclesialmente incorrecto.

Como hemos apuntado, nos ha ayudado mucho el modelo de inspiración humanista y cristiana (recogido en el *Compendio de la doctrina social de la Iglesia* como «justicia reconciliadora», CDSI 403) de la justicia restaurativa. La opción preferencial por la víctima y el repensarlo todo desde ella no puede equivaler a la condena a la putrefacción del infractor. Más allá de los imprescindibles procedimientos judiciales (penales y canónicos) y de sus consecuencias, la Iglesia debe procurar que el culpable asuma su responsabilidad, se convierta y viva. Solo quien reconoce la culpa –no necesariamente de manera humillante–, trata de reparar el daño causado y se responsabiliza de él iniciará un camino de sanación personal que tiene mucho que ver –sospecho– más con el trabajo terapéutico de la humildad y de la espiritualidad que con el control de su sexualidad.

La mayor parte de las negativas a asumir los hechos provienen del orgullo y de un ego incoherente y narcisista que se resiste a dejarse derribar de un caballo prepotente que compensa complejos y traumas, que obviamente habrán de ser larga y rigurosamente tratados. Tengo la sensación de que hay mucho de patología de poder, aunque esta tenga pasadizos misteriosos hacia la dominación sexual. No es de extrañar las continuas advertencias de Jesús hacia las seducciones de ejercer poder sobre otros. ¡Qué distintos son los contenidos de la autoridad y del poder! La primera se basa en la superioridad moral y genera relaciones que inspiran libertad



y ayudan a madurar. El poder se legitima en un rol formal y puede ser ejercido explícitamente o de manera sibilina. Siempre seduce progresivamente, genera dependencias infantilizantes, produce temor, sentimiento de ser poseído y aislamiento social.

Estoy absolutamente seguro de que este libro lo van a leer también los abusadores. Quizá busquen explicación a unos comportamientos que no logran entender ni ellos mismos. Ojalá les deshaga las falsas coartadas y las continuas mentiras que se dicen a sí mismos. Y desmorone esa pertinaz relectura de los hechos objetivos que, a fuerza de reescribirse torticera e interesadamente en el disco duro de su memoria, acaba convenciendo de sus propias mentiras, asegurándoles una versión minimizadora de su terrible culpa moral y jurídica. Sin asumir los hechos en su cruda realidad no hay camino de verdadera sanación. Lo hemos visto en los exterroristas<sup>15</sup>. Cuando han sido capaces de asumir la barbarie, han abandonado las tesis exculpatorias y se han confrontado responsablemente con la crueldad irreparable de las consecuencias, entonces se han encontrado, sorprendidos, con la posibilidad de la sanación personal; incluso, en algunos casos, hasta con el perdón explícito de sus víctimas.

Para los abusadores hay sanación posible. Pero, digámoslo una vez más: es preciso que el agresor practique esa virtud que está en las antípodas de su aberrante comportamiento: la humildad.

---

<sup>15</sup> Cf. E. PASCUAL, (coord.), *Los ojos del otro. Encuentros restaurativos entre víctimas del terrorismo y exmiembros de ETA*. Santander, Sal Terrae, 2013.

Como venimos repitiendo, la mayor parte de los abusos son el ejercicio de un poder desmedido y narcisista que tal vez encubre muchos complejos y carencias. Generalmente se proyectan en más órdenes: en el familiar, relacional, laboral, académico, espiritual, etc. Pero encuentra sus efectos más devastadores en el campo sexual. No me toca a mí diagnosticarlos ni, mucho menos, tratarlos. Tan solo expresar que la Iglesia, que tiene «otro modo» no dialéctico de resolver los conflictos, incluso cuando son gravísimos, debe mantener siempre abierto un camino penitencial de curación para los infractores.

La apuesta decidida en favor de las víctimas, la que nos obliga a repensar todo desde ellas y a minimizar su dolor, no se opone en cristiano a la oferta de sanación para sus agresores. Nadie puede bajar los listones del Evangelio. La misericordia de Dios, por ser infinita e incondicional, es un abrazo amoroso a todos. También a los abusadores y abusadoras sexuales. También a ti, que me estás leyendo y que sabes de lo que hablo. Nuestro buen Dios «no desea la muerte de ningún pecador, sino que se convierta y viva» (Ez 18,23). «Aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, como blanca lana quedarán» (Is 1,18). No hace falta insistir. El amor a los enemigos y el perdón de las ofensas son una parte irrenunciable, aunque difícil y sublime, del programa cristiano. No todo el mundo podrá con ello, pero la Iglesia no puede rebajar las exigencias y, sobre todo, debe ponerlo en práctica. Jesús, en el procedimiento de ejecución de la mujer adúltera, remató la «tolerancia cero» con la persona que

delinque. Se apuntó a lo que Concepción Arenal convertiría en máxima: «Aborrece el crimen y apiádate del criminal». No estamos ante comportamientos inapropiados o meros fallos. Nos encontramos ante delitos que constituyen gravísimos pecados. Estamos en presencia de seres humanos que esconden su vulnerabilidad tras una coraza vergonzante, pero grandemente necesitados de arrepentimiento y de la misericordia de Dios y de su Iglesia. Ojalá sepan reconocer(se) su culpa sin tapujos ni artimañas. Por ahí empieza la curación. Naturalmente, solo confiarán sus terribles «secretos» si se sienten escuchados y acogidos como lo haría el Maestro. En un contexto bien distinto, pero caracterizado por el sufrimiento victimal, el «papa» copto de Egipto afirmaba hace poco «una palabra de amabilidad y de amistad tiene el poder de transformar a los malvados en hombres justos».

Frente al fracaso del optimismo, que pensaba que todo se arreglaba con una pequeña terapia y una leve corrección fraterna y cambio de destino, no se puede caer en un pesimismo sin esperanza. No podemos compartir la demonización de nadie. Desde luego, no estamos proponiendo un buenismo simplón, la indulgencia social o un ejercicio de relativismo moral ante actos repugnantes con consecuencias inimaginables. Solo queremos recordar que la apuesta incondicional y hasta el final por las víctimas no puede ser un obstáculo –todo lo contrario– para procurar la redención de los culpables. Cristo es capaz de perdonar lo imperdonable. La Iglesia es la mano larga de su misericordia. Acercarnos al dolor de las víctimas no impide llamar hermanos a los abusadores, pecadores como nosotros.

Por parte de los abusadores, tomarse en serio el amor de Dios y su predilección por la fragilidad, su ternura limpia y gratuita y su aborrecimiento de una prepotencia que busca «ser como dioses» sería la forma más honrosa de dignificar lo que mancillaron. Para ello deben asumir de verdad que ninguna barbaridad escapa al perdón de un Dios que nos regala su perdón si se acoge inmerecidamente con humildad. El arrepentimiento sincero del agresor daría un conforto no pequeño a quienes padecieron el horror. ¡Ojalá los culpables se hagan conscientes y responsables del daño causado y pidan perdón humildemente a sus víctimas, pidan perdón a la Iglesia y, por supuesto, pidan perdón a Dios!

En este sentido, creo que son perfectamente aplicables al camino de sanación del abusador, que –salvo que sea un psicópata– es también una persona atormentada por su comportamiento, las palabras de una carta que expresa el proceso de la víctima: «Todo lo sucedido seguirá siendo verdad, aunque abandone las tinieblas. No hay que permanecer en ellas para que resplandezca la verdad, sino todo lo contrario. Y no se vence por soportar el mal, sino por dejarse salvar por Dios. El fuerte no es el que subsiste en medio del horror hasta convertirlo en su lugar natural, sino el que sale del horror y se deja abrazar por Él».

Las consecuencias jurídico-disciplinarias del arrepentimiento serán más función del riesgo de reincidencia y de la gravedad del mal causado que del arrepentimiento mismo. La protección de las víctimas y su interés superior será siempre un criterio que no hay que olvidar en cualquier protocolo que se lleve a cabo.

Pero, dicho eso, el sufrimiento humano nunca se compensa con más dolor de la contraparte; simplemente se suma. Pero también se puede restar. Desde luego aliviarán y ayudarán a la sanación el cabal reconocimiento de los hechos, el poner remedio a las maldades, el someterse a tratamiento especializado, el pedir perdón y el tratar de reparar el año. No eliminarán las secuelas del dolor atroz infligido, pero contribuirán a la curación; a la propia y a la ajena.

En todo caso, la secuencia habrá de ser siempre la misma: primero, que resplandezca la verdad, cuyo conocimiento es el que realmente libera (cf. Jn 8,32); después, que se haga una justicia que jamás es equidistante y diferencia moralmente entre el depredador y su víctima, y, finalmente, cuando sea posible, aunque sea siempre supererogatorio –por encima del deber, en términos laicos–, que brote el perdón. Este es el que cierra las heridas, aunque siempre queden las cicatrices.

Siento un pudor final. Nadie puede suplir la autoridad del sufrimiento. Nadie puede ser realmente voz de los sin voz. Por eso hay que contribuir tenazmente a que tengan la suya propia. Quizá me haya extendido demasiado en las líneas anteriores. Siento que sobran ante la contundencia y plasticidad del terrible relato. Sin embargo, forman parte de mi compromiso con ella y no podía eludirlas. Pero lo que realmente merece la pena viene a continuación. Es un ejercicio de lo que las asociaciones de víctimas y supervivientes llaman «poner palabras y relatar el sufrimiento para seguir vivos y para ocupar un espacio verbal que deberían ocupar los abusadores, condenados públicamente al ritmo de un relato

que nunca construyen, porque ellos nunca están. A quienes abusan nunca los vemos: siempre quedamos nosotros»<sup>16</sup>.

Confieso que he descubierto muchas cosas que ignoraba en el acompañamiento de quien ha sufrido tanto. Su persona y su historia de superación han supuesto un regalo precioso de amistad que me ha permitido atinar en muchas situaciones difíciles. Dios no deja que una sola lágrima se pierda sin sentido. A veces tenemos la suerte de experimentar el ciento por uno en esta tierra. Yo mismo no podía imaginar cuánto dolor se oculta detrás del abuso por parte de religiosos y religiosas, ni, sobre todo, cuánta capacidad de regeneración tiene el ser humano cuando se deja tocar por el cariño incondicional de Dios y se le libera de falsas y manipuladoras imágenes que utilizaron sacrílegamente su nombre en vano.

Gracias, querida autora anónima, por escribir estas líneas. Yo he aprendido mucho. Tu dolor no ha sido en vano. Ojalá que, además de vigorizar a las víctimas, sea un llamado a los abusadores para convertirse. Si las páginas que siguen sirven para que una sola víctima salga de su infernal autismo y pida ayuda o un solo agresor se disponga a la conversión y a la recomposición personal, quienes colaboramos en este texto daremos infinitas gracias a Dios. Él es el único que sigue tornando posible lo imposible (Lc 18,25) y haciendo sorprendentemente nuevas todas las cosas (Ap 21,5).

---

<sup>16</sup> En <https://www.facebook.com/pages/Asociaci%C3%B3n-para-V%C3%ADctimas-y-Supervivientes-de-Abuso-Sexual/768534426563966>.

# ÍNDICE

PRESENTACIÓN, de Luis Aranguren Gonzalo .....	5
---	---

## PRIMERA PARTE

UNA REFLEXIÓN CON MUCHOS DESTINATARIOS..., <i>José Luis Segovia Bernabé</i> .....	11
1. A propósito del título .....	11
2. Una palabra entrañable y esperanzadora para las víctimas .....	18
3. Una palabra de la Iglesia y para la Iglesia .....	26
4. Y al fin una palabra de esperanza también para los abusadores .....	39

## SEGUNDA PARTE

EL LENTO PASAR DE LAS PRIMAVERAS, <i>Testimonio anónimo</i> .....	47
--	----

## TERCERA PARTE

PERSPECTIVA PSICOLÓGICA: LA PATOLOGÍA DEL SENSIENTIDO, LA SANACIÓN DEL ENCUENTRO SIGNIFICATIVO, <i>Javier Barbero Gutiérrez</i> .....	114
1. Qué hace y qué representa el maltratador .....	116
2. Experiencia emocional .....	117

3. La experiencia de lo corporal .....	118
4. La institución .....	119
5. La necesaria profundización en el vínculo ....	120
6. Culpa, responsabilidad .....	121
7. Claves de comprensión de lo que pasó .....	123
8. Estrategias, claves de manejo .....	128
9. Para terminar... ..	139